

AÑO XXII.—NÚM. 6259

24 DE ABRIL DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 24 de Abril de 1882.

CONOCIMIENTOS UTILES.

—0—

El túnel del canal de la Mancha.

Los parisienses que esperaban la construcción del túnel cuyas obras preliminares se habían comenzado ya, para trasladarse sin mareo á Londres, tienen que renunciar á su esperanza. ¿Qué de años hace que se hablaba de este trabajo magnol

Los planes sucedían á los planes, hasta que por fin hubo una decisión favorable, y por consiguiente se dió el asunto por terminado. Verdad es que de tiempo en tiempo habían surgido extraños rumores. Decíase que los ingleses entraban en la empresa de mala gana. Ese contacto por ferro-carril entre los dos grandes capitales de Europa, París y Londres, les infundía sospechas que aunque sin acentuarse ofrecían carácter político, y sabido es que cuando se mezcla la política en las cosas internacionales se corre el riesgo de que se lo lleve todo la tampa.

Pro en fin, se nos preguntará, ¿qué calamidades podían resultar para la Inglaterra de la construcción de ese túnel que habría sido una de las obras más memorables de nuestra época? La contestación de esta pregunta nos la acaban de dar los ingleses y en unos términos que entran de lleno en el dominio de la crónica.

Con efecto, estos últimos días se ha publicado en Londres un singular opúsculo titulado: «De cómo John Bull perdió Londres, ó toma del canal de la Mancha.»

El autor de esta obra humorística supone concluido el túnel submarino y que se desfiliza por él un ejército de 459.000 hombres.

Estamos en 1900. En la tarde de un hermoso día de mayo, llega á Douvres una numerosa partida de viajeros franceses por el túnel de la Mancha. Los hermanos de París habían anunciado que los hermanos de la «Amistad» iban á celebrar una fiesta en Inglaterra, y tres trenes especiales habían llevado á los visitantes por el túnel. Los hoteles de Douvres estaban atestados de gente; pero el suceso no llamó la atención porque ya se habían visto muchas de estas grandes fiestas.

Por aquellos días dos grandes cuerpos de tropas francesas hacían maniobras en Amiens, coincidencia que llamó la atención porque reinaba la mejor armonía entre la Inglaterra y la Francia. Al mismo tiempo entraron en la rada dos vapores franceses, que se creyeron

cargados de mercancías.

Ahora bien, hê aquí como pasaron las cosas.

«¿Qué de viajero! dice el opúsculo; acababan de dar los doce de la noche cuando los visitantes se dirigieron en tropel á la estación del túnel, y simultáneamente muchos grupos de hombres que desembarcaban de los dos vapores, marchaban también hacia la estación cargados de fusiles. Hubo un ruido de lucha y se oyeron uno ó dos tiros, sin que nadie prestase atención: todos los viajeros habían desaparecido.

«No obstante, estaba dada la voz de alarma. La policía se precipitó hacia la entrada del túnel, y muy luego llegó también un destacamento de soldados. ¿Qué podía significar todo aquello? Una cosa muy sencilla: los enemigos hacían barricadas con el material del ferro carril, construían obras á toda prisa y transformaban la entrada del túnel en posición militar. Ahora por fin tuvieron miedo. Cuantas tropas habí en Douvres fueron enviadas al túnel, pues resultaba patente que el extranjero se había posesionado del paso y que si conseguía guardar es isthoras, nadie podría ya desalojarle.

«Inmediatamente se reconoció toda la gravedad del caso.

«¿Qué de no he, y los franceses estaban guardados por las barricadas de w-gones y las obras de tierra. Por más que disparaban en dirección del túnel no les hacían daño alguno. Se necesitaba artillería para destruir el túnel, y con efecto, se dieron órdenes para que acudiera en el acto. Pero no produjo resultado y luego se vió que los alambres destinados á v-lar el túnel se habían cortado. No quedaba más recurso que un combate cuerpo á cuerpo. Se despacharon telegramas á Londres, y la guarnición de Douvres comenzó el ataque. No era muy superior su número al enemigo y éste se encontraba á cubierto. Muchos soldados ingleses mordieron el polvo aquella noche. Al cabo de dos horas se observó que era mas nutrido el fuego de los sitiadores. Consistía en que los llegaron refuerzos, y gracias á ellos no tardaron en ser más numerosos que los sitiadores. En vano el general que mandaba en Douvres llevó sus tropas al asalto, y pereció en la refriega, en vano su sucesor sacrificó su propia vida y la de un tercio de sus hombres, pues el enemigo recibía refuerzos de media en media hora y muy luego la guarnición de Douvres tuvo que retirarse, único medio de salvar á los hombres que quedaban y de no perder los fuertes.»

Es lo que se hace. El puñado de valientes se retira en buen orden ante la inundación de extranjeros que llegan á millares con uniformes y

bien armados. Todo viajero como por arte de magia, se transforma en soldado. ¡Pobre Inglaterra!

Está perdida sin remedio; está en manos de sus enemigos seculares.

Volvamos al folleto.

«No se vaya á suponer que el gobierno se había quedado inactivo en Londres, al saber lo que pasaba en Douvres, muy al contrario, había obrado con una energía digna de las mayores alabanzas. El ministro de la Guerra estaba de soirée en el ministerio de Negocios Extranjeros cuando recibió la noticia, y su primer impulso fué correr á su colega para que le explicara lo que ocurría.

«El ministro de Negocios Extranjeros se quedó como herido del rayo. Inmediatamente dejó á sus convidados, tomó el coche y fué á pedir esplicaciones al embajador de Francia. Cosa singular! El embajador no estaba. Al otro día se supo que había salido para París, sin cuidarse de pedir sus pasaportes.

«En el ministerio de la Guerra la actividad era indescriptible.

En menos de 24 horas se pusieron en movimiento 75.000 hombres, la mitad de ellos de tropas regulares y los concentraron delante de Londres para cubrir la capital. ¿Pero que podían 75.000 hombres mal armados, bisoños, sin cohesión, contra 450.000 franceses que habían desembocado por el túnel y á los que se juntó un cuerpo de ejército que había traído la escuadra? Nada podía hacer, y así fué que pocos días después de la llegada de los famosos franceses, John, frutero en una callejuela del Strand, en Londres, tuvo que alojarse á un sargento y cuatro soldados de infantería que cometieron en su casa todas las fechorías imaginables. Sin embargo, tuvo el pago que merecía el tal John Smith, pues en la época de la construcción del túnel de la Mancha había tratado de imbéciles á los alarmistas y había suscrito una porción de acciones.»

Hasta aquí el opúsculo inglés de donde tomo los curiosos párrafos que preceden. Ciertamente, á nadie se le puede ocurrir que se trata de una cosa seria; pero ello es que el trabajo en cuestión ha producido en Londres un efecto análogo al que produjo en 1872 otro escrito del mismo género titulado «la Batalla de Doinking» en el que se suponía una campaña al cabo de la cual los alemanes se habían apoderado de la Inglaterra.

Ahora son los franceses los invasores, y el canal de la Mancha tiene la culpa; y es el caso también que se suspenden repentinamente las obras comenzadas. El ministro de Comercio, lord Chamberlain, ha dirigido una carta con esa orden á la

Compañía del túnel submarino de la Mancha; y la prensa de Londres comentando ese orden dice que está fundada en los recelos que inspira la perforación del túnel á muchos militares ingleses, bajo el punto de vista de la defensa del territorio nacional.

«¿Cómo! ¿Esa obra grandiosa cual ninguna sería una demostración extraordinaria del espíritu científico de nuestro siglo, sería considerada por los ingleses como una vía terrible que pondría en peligro su existencia?»

Parece imposible creerlo, á pesar de que el hecho de la suspensión de los trabajos está ahí delante de nuestros ojos con su elocuencia contundente. Esperemos no obstante, que esta oposición se vencerá como se venció la que se hizo al canal de Seuz, otra concepción prodigiosa de la que se saca hoy tanto partido en Inglaterra.

DANIEL GARCIA.

FEDERICO FROEBEL.

—0—

Los centenarios de algunos hombres corresponden celebrarlos solamente á las naciones en que vieron la luz; los de otros corresponden á todos los pueblos.

El centenario de Froebel es de estos últimos.

La memoria del hombre que pasó su vida sembrando la instrucción, la bondad y el bien entre sus semejantes, bien merece ser recordada y bendecida por todos los pueblos de la tierra.

Federico Froebel nació el 21 de Abril de 1782 en Oberweisbach (Alemania). Su afición á la enseñanza, y sobre todo su amor á la niñez, le llevó hasta el punto de menospreciar altos puestos oficiales para dedicarse exclusivamente á buscar los medios más prácticos, sencillos y agradables de llevar á las inteligencias de los niños la luz de la verdad.

Sus afanes fueron prodigamente recompensados por el éxito. Antes de su muerte, ocurrida en 1857, ya el sistema que lleva su nombre se había extendido en toda la Alemania. Poco después traspasaba las fronteras de todas las naciones, y, aunque algo más tarde, llega también á España, donde explicado por el distinguido profesor Sr. Alcántara Garcia y llevado á la práctica por los ilustrados maestros don Bartolomé de Mingo y las Sras. Feltrel, del Real y Obispo, está dando tan excelentes resultados en la instrucción y educación de la infancia.

Faltos de espacio para dar á este asunto la importancia que se merece, nos limitamos á consignar nuestra admiración á aquel grande hombre, y nuestra enhorabuena á los